

ELEMENTOS PARA LA PUESTA EN VALOR DEL PATRIMONIO FUNERARIO: CASO MEDELLÍN

DIEGO ANDRÉS BERNAL BOTERO⁶²

⁶² Comunicador Social-Periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana (2005). Máster en Historia de América: Mundos Indígenas de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, España (2012). Máster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín (2014). Candidato a Doctor en Historia de América Latina: Mundos Indígenas de la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla, España). Docente interno Programa de Historia, Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Miembro del Grupo Estudios Interdisciplinarios en Historia General de la Universidad de Antioquia (Medellín). Correo: maverickbernal@yahoo.es, diego.bernal@upb.edu.co.

A manera de introducción

Los cementerios son un libro abierto. Sus páginas son un referente urbano, un catálogo de leyendas, un álbum de fotos, un centro de murmuraciones y habladurías de voces silenciosas, un centro documental, un museo del anonimato, un fragmento de ciudad, una cámara para recrear la memoria, una galería de arte, una marca registrada N.N., un lugar pedagógico, un patio de juegos, un jardín ornamental, un espejo, un recinto donde se ocultan las tragedias, una caja mágica aún sin descubrir⁶³.

⁶³ Velásquez Parra, Catalina y Bernal Botero Diego Andrés. "Espacios para disfrutar de los recuerdos". En: Periódico *El Mundo*, 25 de septiembre de 2009. Medellín, Colombia.

Revelar el encanto y la magia de estos espacios, se ha convertido en una práctica que se populariza día tras día. Cada vez son más las personas que incluyen los cementerios en sus rutas turísticas o que se pliegan a las ofertas culturales que emergen de ellos, al ser entendidos como referentes históricos y patrimoniales de las poblaciones, y observar que son mucho más que simples, lúgubres áreas destinadas al depósito de cadáveres.

Existen copiosos ejemplos, como es el caso del Cementerio Museo San Pedro de Medellín, con sus icónicas Noches de Luna Llena (momentáneamente transformadas en atardeceres); el Museo Cementerio Presbítero Matías Maestro de Lima, que se ha convertido en el escenario privilegiado de montajes teatrales como Don Juan Tenorio; los turísticos cementerios bonaerenses de La Recoleta (que en medio de sus bellísimas colecciones de mármoles y bronce, atesora los restos de la popular ‘Evita’) y de La Chacarita (con el emblemático monumento al ícono mundial del tango, Carlitos Gardel); el Cementerio General de Santiago de Chile, en el que propios y extraños pueden ser guiados a través de sus sectores por próceres, expresidentes y fantasmagóricos monjes; o el Cementerio Británico de Montevideo, que recientemente fue reconocido por la Red Iberoamericana de Cementerios Patrimoniales por su exitosa experiencia.

Cementerios que han pasado de ser espacios amenazados por la ruina y el olvido, para convertirse en alternativas de esparcimiento y conocimiento de propios y extraños.

Un comienzo difícil

Hasta hace pocos años era visto como el ‘retrógrado embeleco’ de algunos individuos, que, desde una óptica dominante, se oponían al progreso de las ciudades que, con el paso de los años, habían encerrado a los antiguos ‘cementerios extramuros’ –fruto de las reformas borbónicas–, para convertirlos en barrios de muertos, en medio de sectores de vivos que parecían incomodarse al cohabitar con los que habían llegado antes que ellos.

Amenazados seriamente con su destrucción; sometidos al escarnio y al despojo, los antiguos ‘camposantos’ decimonónicos, así como sus

hermanos menores contruidos a lo largo del siglo XX, eran un factor de discordia entre quienes abogaban por su clausura, exterminio y traslado, y los que pretendían su rescate y revaloración.

Múltiples y difíciles fueron las discusiones en torno a este tema. En medio de ellas, centenares de monumentos funerarios fueron derribados a lo largo y ancho del continente. Sin embargo, el germen de las primeras intervenciones exitosas y el entusiasmo que contagió a los nuevos usuarios de estos espacios ‘reconquistados’ para la ciudad, llevaron a los promotores de estas iniciativas a buscar alternativas comunes que les permitieran integrarse y asesorarse mutuamente.

Fue así como surgió, hace diecisiete años, la Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Una organización que busca conocer, difundir y promocionar esta multiplicidad de escenarios y manifestaciones funerarias en los países que la integran.

Pero, ¿qué hace tan especiales a algunos cementerios, o a cierta parte de ellos, como para hacerlos ‘dignos’ de tantos reconocimientos?

En mi concepto, son cinco los factores que intervienen al momento de reconocer a un cementerio, de manera tácita o explícita, como un bien de interés público y cultural. A saber, la historia y los muertos, el arte, la arquitectura y los vivos.

La historia y los muertos

Para quienes desde el campo de la Historia nos hemos dedicado al tema funerario, los cementerios existen así ya no sean reconocidos como tal por los transeúntes. Aquellos ignoran que, tras las baldosas de muchos templos y sus atrios, o bajo las congestionadas calles de las urbes, se esconden los restos de miles de habitantes que los antecieron, con otras alternativas funerarias. En este sentido, en este artículo no incluyo los espacios a los que me he dedicado en los últimos años⁶⁴, así como dejaré

⁶⁴ Bernal Botero, Diego Andrés. “La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada (1786-1808)”. Tesis de Maestría. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Maestría en Historia, 2013. 140 pp.

a los colegas que, desde la arqueología, develen en otra publicación el pasado funerario de los tiempos prehispánicos. Por eso uno estos dos ítems: la historia y los muertos, para poder conectar el patrimonio funerario con referentes geográficos y temporales más cercanos.

Evidentemente, un cementerio “vive” de la relación que se establece entre los vivos y los muertos. De tal manera, si las personas que están inhumadas en un camposanto logran atraer visitantes —a pesar del paso del tiempo y la inexistencia de lazos sentimentales o de sangre entre ellos y quienes se acercan a sus espacios—, se puede afirmar que se ha generado un interés público acerca de un elemento tan privado, como pueden llegar a ser los restos de un difunto. En este sentido, el Cementerio Museo San Pedro de Medellín y la Zona Histórica del Cementerio Central de Bogotá han ganado con justicia su reconocimiento. En contraposición con el Cementerio de San Lorenzo de Medellín o las demás zonas del mencionado camposanto capitalino, a los que unió la pobreza de sus inquilinos, al igual que la ausencia de deudos y visitantes que les dieran vida a unos espacios que sin ellos, murieron definitivamente.

El Cementerio Museo San Pedro puede darse por bien servido, al atesorar en su interior los restos y la memoria de tres expresidentes de la República: Mariano Ospina Rodríguez (1805-1885), Carlos E. Restrepo (1867-1937) y Pedro Nel Ospina Vásquez (1858-1927); de varios gobernadores y dirigentes políticos: Pedro Justo Berrío (1827-1875) y Manuel Uribe Ángel (1822-1904); de poetas y escritores como Jorge Isaacs (1837-1895), Epifanio Mejía (1839-1913) y Tomás Carrasquilla (1858-1940)*; de periodistas y docentes como Fidel Cano y Luis López de Mesa; así como de buena parte de los industriales y casi la totalidad de la aristocracia antioqueña de las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

Por su parte, la Zona Histórica del Cementerio Central de Bogotá es, sin lugar a dudas, el lugar fúnebre más importante del país; en cuanto

* Estos dos últimos, trasladados en años anteriores. El primero, Epifanio Mejía, a su municipio de origen (Yarumal), con el fin de rendirle especiales honores; y Tomás Carrasquilla a la Catedral Metropolitana.

al número y la relevancia de las personalidades que yacen en sus predios. Situación que se hace evidente desde la entrada, cuando una hermosa Piedad en bronce, con los brazos abiertos, encargada de custodiar la tumba del industrial Gustavo Lagos, les da la bienvenida a los transeúntes con un texto en latín grabado en su base, en el que se les solicita que se detengan, recen y depositen flores en este lugar. Petición que es tenida en cuenta por gran número de personas, haciendo que la escultura permanezca rebosante de oraciones y ofrendas.

Con una distribución muy similar a la del San Pedro, el camino que por todo el centro de la elipse se dirige a la iglesia del Cementerio Central, es un gran palco de honor. Está integrado, entre otros, por Gabriel Turbay (candidato que compitió con Jorge Eliécer Gaitán y Mariano Ospina Pérez para ocupar la presidencia en el periodo 1946-1950), Enrique Olaya Herrera (presidente entre 1930-1934), Virgilio Barco (primer mandatario en el periodo 1986-1990), Luis Carlos Galán (líder del Nuevo Liberalismo y candidato a la presidencia, asesinado en 1989) y Laureano Gómez (dirigente conservador elegido Presidente para el periodo 1950-1954, cargo que solo pudo ejercer hasta 1951 por problemas de salud; del que fue depuesto por un golpe militar al intentar reasumirlo en 1953).

El General Francisco de Paula Santander, quien durante sus periodos como Vicepresidente de la Gran Colombia y Presidente de la República le diera un apoyo definitivo a la construcción de los cementerios, se encuentra también entre los miembros de este distinguido ‘club social’. En medio del cual, yace sepultado bajo una escultura en su honor, en el costado oriental de la vía que va para la iglesia. Muy cerca del también expresidente Manuel Murillo Toro (1864-1866 y 1872-1874) quien, al igual que el ‘Hombre de las Leyes’, impulsó ambiciosas e importantes reformas educativas.

Es la historia política y económica del país, la que sale a cada paso al encuentro del visitante. Un gigantesco libro en el que lo religioso se funde con lo profano, y la realidad de la muerte raya con la fantasía. Por esto no es raro que los visitantes asiduos del camposanto ya tengan

sus propios recorridos. Entre ellos tiene gran connotación la tumba del industrial cervecero Leo Koops, fundador de Bavaria, la cual posee una escultura en bronce que representa al empresario vestido con una túnica y en posición de escucha, imagen ante la cual se acercan decenas de visitantes a susurrarle al oído izquierdo sus dificultades económicas y buscar ayuda.

Son millares de vivos a los que los muertos atraen día tras día a sus recintos. Personajes que, a pesar del paso de los años, siguen suscitando el interés del público por sus vidas, obras y muertes; así el Estado y las administraciones municipales tratan de forzar el olvido. Como es el caso de la polémica tumba de Pablo Escobar, y como muy probablemente lo serán las tumbas de los líderes de las FARC que fueron sepultados, en secreto (como si esto fuera posible), en varios de los cementerios públicos de Bogotá.

Difuntos que hacen ‘vivir’ sus respectivos cementerios, ‘conscientes’ de que la muerte solo les llega a los olvidados.

El arte

Si bien el arte es relacionado por el común de la gente de manera inmediata con las “bellas artes”, se debe entender que este término abarca todos los actos “mediante los cuales el hombre imita o expresa lo material o lo invisible”⁶⁵. Así pues, no solo las esculturas, los monumentos y las pinturas que se encuentran en los cementerios pueden ser vistos como la presencia del arte en los espacios fúnebres. También los arreglos florales e incluso los *collages* que realizan los deudos en busca de identificar y representar a sus muertos, son expresiones artísticas que deben ser tenidas en cuenta. Así su existencia sea efímera y el estilo no revele los niveles de perfeccionamiento “académico” que pueden, o no, estar presentes en las grandes y vistosas esculturas de los camposantos.

Partiendo de esta base, no existe cementerio en la ciudad de Medellín o en cualquier otra que se visite, en el que se pueda hablar de la

⁶⁵ Vázquez, José Antonio. *Diccionario Enciclopédico*. Barcelona: Olympia Ediciones, 1995, p. 125.

ausencia del arte en sus recintos. Aunque la precaria situación económica de los deudos, e incluso la de las administraciones encargadas, pueden hacer deslucir los pocos o muchos elementos artísticos que contienen.

Dejando a un lado las expresiones artísticas con las que los deudos plasman sus sentimientos en las lápidas –las cuales alcanzan (para el caso de Medellín) sus niveles más altos de desarrollo en el Cementerio Museo San Pedro, donde la gran aglomeración de personas inhumadas promueve de cierta manera la creatividad en aras de marcar la diferencia y hacer visible al invisibilizado–, afirmo que es posible detectar dos tipos de arte fúnebre: el particular y el público.

Aunque la decoración de una lápida es obviamente una expresión artística con fines particulares (enaltecer la memoria de un difunto en específico), creo importante hablar en especial del arte que acompaña algunos mausoleos familiares, así como a los sepulcros* de quienes, gracias a sus recursos económicos, la propia voluntad (concebir en vida el espacio en el que se descansará tras la llegada de la muerte) o algún homenaje especial realizado por las autoridades públicas, gozan del privilegio de contar con un monumento propio que les permite sobresalir en medio de los demás finados.

En este sentido, el Cementerio Museo San Pedro es la principal muestra de este tipo de arte fúnebre en la ciudad. Ornado como está por centenares de monumentos arquitectónicos, vitrales y obras escultóricas, entre las que se destacan las de afamados artistas como el maestro Marco Tobón Mejía (1876-1933), quien concibió y esculpió los monumentos erigidos a la memoria de Jorge Isaacs (1837-1895) y Pedro Justo Berrío (1827-1875), al igual que algunas lápidas de particular belleza; Bernardo Vieco (1886-1956), autor de las célebres y enigmáticas Tres Marías, del Ángel Guardián y del Cristo en Brazos de María; y Constantino Carvajal (1881-1955), que además de esculpir en mármol el Cristo Caminante, decoró el mausoleo donde él reposa en compañía de sus padres y familia-

* Sepulcro: construcción, por lo común elaborada en cemento, que se erige elevada del piso para dar sepultura al cadáver de una persona, para honrarla y hacer más duradera su memoria.

res, con la obra Cristo Pastor. Todas ellas, creaciones de valor inestimable que se encuentran al alcance del público visitante, en uno de los más grandes y nutridos museos al aire libre de la ciudad.

Siguiéndolo de cerca, e incluso sobrepasando al San Pedro en cantidad de monumentos particulares, el cementerio Campos de Paz se ha convertido con el tiempo en otra gran muestra pública de arte escultórico. En especial, de tipo religioso, aunque cabe reconocer que la calidad de los materiales y la multiplicación casi sistemática de las figuras, hacen que pocos lleguen siquiera a compararlo de lejos, con las obras de bronce y mármol de carrara presentes en el San Pedro.

En cuanto al arte público, quisiera referirme con esa denominación a las obras creadas con el fin de ornar los espacios fúnebres en general, sin que se pretenda con ellas hacer un homenaje especial a ninguna de las personas inhumadas en cada uno de los cementerios.

Debo decir, entonces, que hasta en los humildes cementerios parroquiales y en el Cementerio Universal, sus administradores han procurado ubicar esculturas en las zonas comunes. En su mayoría, relacionadas con temas religiosos, de las que ni el ‘cementerio laico’ se ha preservado. Como lo muestra el Ángel del Silencio que saluda a los visitantes en el Universal; que parece tener familiares que cumplen igual función en el cementerio de La América, Belén Rincón y en el Cementerio Museo San Pedro.

Sin embargo, en esta vía, se debe resaltar que tal vez la obra más representativa en la ciudad es el Cristo de la Resurrección, esculpido por el maestro Jorge Marín Vieco (1910–1976). Este se convirtió con el tiempo en el principal ícono del cementerio Campos de Paz. A esta monumental obra, a cuyos pies descansan su autor y algunos de los más importantes dignatarios sepultados en este camposanto, le hace compañía, desde hace algunos años, la figura de la parca navegando sobre un espejo de agua, la cual custodia uno de los costados del Templo de las Cenizas.

Otro camposanto que se destaca en Medellín por su esmero en decorar los espacios comunes, es Jardines Montesacro. Cementerio en el que, además de un acertado y ordenado sistema de jardines y monumentos al aire libre –entre los que se destacan el dedicado a la Familia

y la escultura El Cristo de Los Andes—, en los últimos tiempos, se ha incursionado en la decoración de sus espacios interiores. Muestra de ello es su Panteón de la Eterna Memoria y, en especial, del Mausoleo de Montesacro, destinado a la conservación de osarios y cenizas.

Precisamente, para decorar el tercer nivel de este Mausoleo, a comienzos del 2005 se realizó un concurso abierto entre los artistas de la ciudad, del cual resultó ganador el maestro Ómar Morales, con su obra El Sublime Nacimiento. Ella complementa hoy la variada y selecta colección artística de este cementerio del sur del Valle de Aburrá.

La arquitectura

Teniendo en cuenta que los cementerios son réplicas de la ciudad que los construye, que reflejan las épocas y los contextos que esta afronta; el estudio de la morfología de los espacios fúnebres, así como la lectura de los estilos arquitectónicos que en ellos se exhiben, son elementos importantes al momento de valorarlos.

Desde esta perspectiva, la estructura que encerró la zona principal del Cementerio de San Lorenzo ha debido merecer una altísima valoración. Pues en una ciudad que tiene por costumbre demoler para construir, son escasos los ejemplos de estructuras que al menos se le acercaran, en cuanto a su antigüedad y estilo. Razones que, de todas maneras, no fueron excusa para detener su drástica intervención, perdiéndose con esto buena parte de sus valores patrimoniales.

Por otro lado, el Cementerio Museo San Pedro, gracias a que es el cementerio en uso más viejo de la capital antioqueña —factor al que hay que agregarle la circunstancia especial de los generosos recursos económicos con los que contaron sus usuarios en su primer siglo de existencia—, ofrece actualmente una completa colección de estilos arquitectónicos relacionados con los órdenes clásico, moderno y “contemporáneo” (este último traído, en la mayoría de los casos, por aquellos llamados “nuevos ricos”, los cuales lograron abrirse un espacio entre las familias tradicionales, muy a pesar de las molestias que pudieran causarles). Tales se pueden apreciar no solo en el diseño de sus mausoleos, sino también

en el de sus galerías, la capilla y los nuevos espacios destinados para osarios y cenizas.

En el caso de Campos de Paz y Jardines Montesacro, representantes de un estilo funerario contrapuesto al del San Pedro, que en tanto cementerio les lleva una diferencia de casi ciento treinta años de antigüedad; es apreciable que el énfasis arquitectónico se ha centrado en los edificios, más que en los mausoleos particulares, los cuales están prescritos. Si bien las administraciones no parecen haber escatimado esfuerzos por conseguir imprimirles un estilo acorde con su filosofía y el estatus que pretenden otorgarle a estos camposantos, es evidente que ha sido más ambiciosa la administración de Campos de Paz. Desde sus orígenes, se le apostó a un estilo moderno, del que su iglesia es digna representante. Asimismo, la novedosa construcción de su Templo de las Cenizas y la Unidad de Cremación, cuyo diseño resultó ganador en la XVII Bienal Colombiana de Arquitectura y ocupó destacados puestos en concursos internacionales.

Sin embargo, para mí, el cementerio que pudo ser, en cuanto a su arquitectura, uno de los más interesantes ejemplos del estilo de una época, fue el Cementerio Universal. Desde su concepción en la década de 1930, el maestro Pedro Nel Gómez pretendió crear un espacio radicalmente diferente a la mirada teocéntrica del momento. Lastimosamente, los avances que se hicieron en la obra fueron pocos y las carencias muchas, por lo que, con el tiempo, el Universal fue perdiendo su forma jamás concluida; sepultando en una de sus tantas bóvedas y fosas, los planos de una joya arquitectónica que se quedó en el papel.

Los vivos

Si bien podríamos clasificar las prácticas rituales que tienen lugar en los cementerios del Valle de Aburrá como parcas; si las comparamos con la diversidad e intensidad de las celebraciones del día de muertos en el mundo Andino y el Mesoamericano, los vivos y su relación con el espacio funerario es uno de los elementos que más hay que resaltar al momento de analizar un cementerio.

Independiente de su relación directa con los difuntos sepultados, cada vez son más diversas las razones que motivan a los vivos a acercarse al espacio tradicional de los muertos. Esto debido a circunstancias, en parte o radicalmente, diferentes a las funciones simbólicas y reales que cumple un camposanto. Con la atención puesta en la ciudad de Medellín, podríamos enunciar, entre otras, algunas de las actividades técnicas y expresivas que realizan personas dentro de los camposantos; las cuales poco o nada tienen que ver con los muertos, al menos de manera directa.

Los hay que vienen a los cementerios en busca de su sustento (un claro ejemplo son los venteros ambulantes y los encargados de la limpieza de las tumbas en Jardines Montesacro, quienes les ofrecen sus servicios a los deudos en las horas de visita). Otros encuentran un poco de diversión, cultura y esparcimiento (el Cementerio Museo San Pedro ofrece una variada programación cultural, la cual complementa con recorridos temáticos guiados). Se acercan también personas con objetivos más hacia el deporte (el vuelo de cometas en Jardines Montesacro ya es más que una tradición); o en plan romántico (Campos de Paz, en especial los fines de semana, cuenta con amplias posibilidades como sitio de descanso, en el que se puede disfrutar del sol en buena compañía, mientras se ven aterrizar los aviones en el aeropuerto Olaya Herrera). Hasta para los más osados, los cementerios son sitios fetiche para protagonizar encuentros de tipo erótico. Es por ello que los cuerpos de vigilancia de los cementerios han tenido que ajustar sus protocolos, con el fin de detectar comportamientos sospechosos y evitar escándalos que afecten los espacios y, obviamente, a los deudos.

Acciones que difícilmente pueden ser entendidas como parte de los rituales que se tejen en torno a la muerte, pero que no por eso pueden ser pasadas por alto. Más aún cuando se comienza a extender el hábito de visitar los cementerios por puro placer y deleite, o en algunos casos, de la mano de astutas agencias de turismo que, en asocio con las administraciones de los camposantos, ofrecen paquetes en los cuales la ciudad de los muertos le abre las puertas a los vivos.

Y es que los vivos no solo son un factor determinante en su calidad de deudos, también sus iniciativas pueden constituirse en el plus para

que los amantes de los cementerios, o quienes los visitan por casualidad, se lleven una experiencia única. Tal es el caso del Cementerio de Tulcán en Ecuador, donde gracias a la iniciativa y creatividad de uno de sus habitantes, este pequeño pueblo logró crear un oasis en medio de su cambiante fisonomía de centro comercial callejero: su cementerio.

Un espacio donde el tiempo parece enredarse en los brazos de las esculturas arbóreas, mientras la leve brisa barre las culpas de los allí sepultados. Es el sueño de don Jesús María Azael Franco, que hoy reposa rodeado por las obras de su creación, dejadas al cuidado de su hijo. Un jardinero con alma de escultor que descubrió la manera de transformar los tímidos y lúgubres árboles del camposanto que tenía a su cuidado, en una galería de arte, tan viva como el recuerdo de los que buscan el descanso a la sombra de las figuras que han hecho más que célebre, al que tan solo nació para ser un parco y sencillo cementerio de tierra fría.

En la actualidad, se cuentan por cientos los visitantes y turistas que se dan cita en las galerías del Cementerio Museo San Pedro o en las zonas aledañas a la tumba de Pablo Escobar en Jardines Montescro. Si bien la mayoría acude (en especial al San Pedro) teniendo nociones iniciales de lo que podrán encontrar allí –en relación con los cuatro factores anteriormente expuestos: la historia, los muertos, el arte y la arquitectura–, es el factor humano el que crea el interés. Son las comunidades y las administraciones empoderadas y conocedoras del valor de los cementerios que protegen, las que pueden garantizar que estos lugares sigan vigentes como referentes históricos y espacios patrimoniales. De ellas depende que tengan validez y sobrevivan al paso de los años y de los cambios en las costumbres funerarias.

En eso, los habitantes del humilde poblado de Tulcán nos han dado lecciones muy valiosas a los que trabajamos en torno a los cementerios patrimoniales. Si algo tienen claro sus habitantes, es que su permanencia en este camposanto será “para toda la vida”, como lo fue para sus padres y abuelos, como esperan que sea para sus hijos y nietos. Así, en medio de los árboles que por la intervención de una saga de manos expertas, lograron dejar atrás las diferencias de clases para hacer famosos

por igual a todos los aquí sepultados. Y es que, como afirma el periodista colombiano Henry Toscano, en una nota escrita en la década de 1950: “por su hermoso campo santo, en Tulcán dan ganas de morir”.

Referencias bibliográficas

- Bernal Botero, Diego Andrés. “La Real Cédula de Carlos III y la construcción de los primeros cementerios en Virreinato del Nuevo Reino de Granada (1786-1808)”. Tesis de Maestría. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Maestría en Historia, 2013. 140 p.
- Bernal Botero, Diego Andrés. “Morfología de los espacios y distribución protocolaria de los difuntos en los cementerios de Medellín.” Tesis (Comunicador Social). Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana. Facultad de Comunicación Social. 2005. 280 p.
- Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Carta Internacional de Morelia sobre los cementerios patrimoniales y el arte funerario. Morelia, México, 2005.
- Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Declaración de Paysandú sobre la dimensión pedagógica del patrimonio cultural funerario. Paysandú, Uruguay, 2010.
- Vásquez, José Antonio. *Diccionario Enciclopédico*. Barcelona: Olympia Ediciones, 1995. 1520 p.
- Velásquez Parra, Catalina y Bernal Botero, Diego Andrés. “Espacios para disfrutar de los recuerdos”. En: Periódico *El Mundo*, 25 de septiembre de 2009. Medellín, Colombia.



Humberto Pérez Tobón
Ensayo para un Teatro Leve, s. f.
Óleo sobre papel
Tamaño: 35 x 50 cm
Fotografía: Carlos Tobón